

Tras la búsqueda de la inefable verdad¹

After the search for the ineffable truth

SOLEDAD GUERRERO GONZÁLEZ

Colegio San José de Estepona (España)

recibido: 01.12.2017

aceptado: 31.01.2018

RESUMEN

Este trabajo ha sido seleccionado para la V Olimpiada de Filosofía que organiza FICUM en la modalidad de secundaria y bachillerato, para promocionar la filosofía entre los jóvenes.

PALABRAS CLAVE

VERDAD; BÚSQUEDA; REALIDAD

ABSTRACT

This work has been selected for the V Philosophy Olympiad organized by FICUM in the secondary and baccalaureate modalities, to promote philosophy among young people.

KEYWORDS

TRUE; SEARCH; REALITY

I. ¿POR QUÉ LO ESCRITO?

¿CUENTAN NUESTROS RELATOS LA VERDAD QUE NOS RODEA? ¿Es por ello por lo que resulta tan complejo amoldarlos al alcance de un puñado de humildes palabras? ¿Qué nos mueve a unos y a otros a crear nuestra propia versión de lo real para plasmarlo en unas hojas y que otros lo reciban, si se trata –en el fondo– de la misma verdad que ya conoce el resto?

Todo este tipo de cuestiones se plantea todo aquel que, desesperado ante la incapacidad de expresarse, se aferra a la posibilidad de que no sea falta de talento o capacidad lo que le impida rellenar hojas y hojas con

¹ Para todo aquel que alguna vez se haya sentido vulnerable ante el papel y la oportunidad de plasmar la realidad, la objetividad que nos rodea, salpicada de emociones, opiniones y recuerdos.

coherencia, sino que la realidad sea tan compleja y ambigua y amplia y rebosante de vida, que abrume, que bloquee. En definitiva, que se trate todo de algo inabarcable y, por tanto, empresa inútil.

No obstante, ¿por qué da la sensación, entonces, de que se trata –la vida– de una carrera competitiva e informe para comprobar quién tiene más verdad en su verbo, o más realidad en su relato?

¿Por qué, aun resultándonos inabarcable, nos empeñamos en querer plasmarlo todo entre márgenes, espaciado doble y fuente Times New Roman?

Marcamos el inicio de la Historia, en la cultura occidental, a partir de la aparición de los primeros documentos escritos. Recogemos en Libros Sagrados los Dogmas de Fe en cada religión. Escribimos sobre Ciencia, Teología, Historia, Navegación, Geografía y Economía en libros y enciclopedias. Atesoramos en verso lo etéreo, plasmamos en prosa la realidad social, e incluso escribimos Teatro para ser leído y no representado.

En las bibliotecas, recopilamos tomos y tomos de opinión, definición, pautas y realidades. ¿Por qué todo por escrito? ¿De qué forma lo escrito aporta solidez, veracidad, a un argumento?

Lo cierto es que, al Ser Humano, se le reconoce la debilidad por «dejar huella» a su paso por el mundo. Cada civilización buscaba dejar una llamativa impronta sobre suelo pisado, ciudad fundada o arrasada, e incluso acontecimiento valientemente presenciado, siquiera. Escribir, por tanto, acerca de las novedades y los episodios que sucediesen a lo largo de los años, no habría de ser considerado irracional o misterioso, pues la tendencia del Hombre siempre fue y seguirá siendo esta. A las preguntas algo más indagadoras, como las que se formula alguna vez el escritor frustrado mencionado anteriormente, quizás debiéramos prestar especial atención.

II. ¿QUÉ CONTIENE LO ESCRITO?

Al observar nuestro alrededor –captar una sutil forma que había de pasar inadvertida, pero resulta hermosa, identificar conceptos, aromas y mundos interiores en cada persona que nos rodea– sentimos muchas veces la urgencia de tomar papel y bolígrafo y trazar cada matiz en palabras –o, lo que viene a ser lo mismo, «tomar una fotografía en letras».

Por otro lado, la verdad que esconde cada uno tras los ojos, el miedo que se arropa junto a lo desconocido, y la risa que se grabó en mente para

no olvidar, conforman matices de la propia verdad de cada uno: su mundo.

Ambos tipos de Verdad, tanto la propia como la que nos moldea de forma externa, son objeto de descripción, explicación o desarrollo, a menudo, cuando escribimos. Pero ¿qué tendrá la Verdad, que incita al escritor (y al que no lo es tanto) a disolverse en unas páginas de creación propia?

A mi parecer, resulta a veces tan bella, tan compleja y condenadamente enrevesada, que nos fascina o debe sorprendernos, la remota posibilidad de que –como muchos afirman– todos tengamos una misma norma que rige las cosas, que rige el curso de los días y los acontecimientos, los sentimientos –ante todo–. Nos asombra que la Verdad sea común, que se repita en el tiempo, y es por eso que –incrédulos ante la posibilidad de que alguien más haya sido tan feliz, miserable o aventurero– nos decantamos por «dejar esa huella» y aportar una página más a todo lo que ya está escrito, y probablemente aconteciese años antes, o décadas después volviese a suceder.

III. ¿CÓMO SE SACIA LA SED DE EXPRESAR?

Dijo G.K. Chesterton (1925): «Un relato que, como todos los que nunca escribí, será sin duda el mejor que jamás haya escrito. Pero es tan probable que nunca lo escriba, que lo utilizaré aquí de un modo simbólico, ya que constituye un símbolo de la misma verdad» en su «Hombre Invisible» –p.11–.

¿Quería decir el autor que la Verdad era inexorable y para siempre etérea al alcance del Hombre? ¿Acaso nos presenta el concepto de Verdad como utópico, relacionándolo con algo tan aparentemente inalcanzable para la mayoría de los escritores, como lo es la fluidez con que comenzar a escribir, muchas veces?

Tal vez Chesterton sólo pretendía hacernos ver cómo lo que sentimos, pensamos y conjuramos a la hora de expresarnos por escrito –que parece muchísimo más serio y sincero–, es una Verdad tan inmensa como cualquier otra, y además bastante utópica (la mayoría de las veces) frente a la cruda realidad.

En este punto de la disertación, convendría dar un enfoque sobre lo que entendemos como Verdad, o lo que el autor considera como tal, y a lo que ha estado refiriéndose en cada párrafo anterior al referirlo. Triste resulta tener que reconocer, que me siento tal y como Chesterton ante su

cuaderno, pero sin intención de escribir nada.

La Verdad es tan amplia, o simplemente tan escurridiza –ya que no resulta demasiado palpable como para valorar su tamaño–, que parece ser que todos nos encontramos constantemente perfilándola, una y otra vez. Realizando garabatos en sus márgenes, buscando subrayar donde no hay líneas que seguir para leer de un vistazo. «Verdad» resulta tan foráneo, que a duras penas lograría responder las preguntas que propongo anteriormente. Y tampoco sabría valorar si preciso –precisamos, todos los que carecemos de ideas claras, y me consta que somos muchos- de alguna clase magistral que me abra los ojos, un buen libro que se acerque tantísimo al concepto que me haga retomar fuerzas e incluso lanzarme a explicar lo que para mí significa Verdad. Lo cierto es, que no sé valorar qué hay de verdad, tampoco, en estas palabras. Por ser escrito, ¿se supone que es más creíble?

Explorando estanterías plagadas de libros, hojeando los grandes clásicos que alguna vez pude tener entre mis manos, encuentro que tienen algo muy «verdadero» entre las hojas, los párrafos y los pasillos, pero no hallo forma de sacarlos al exterior y mostrarlo al resto.

Puede que se trate de puro amor por la literatura, pasión por los adjetivos, miedo a la completa ignorancia, o sencilla predilección por la escritura y lo que nos hace sentir a unos y otros. Mis palabras caerán sobre alguna conciencia dormida, o algún experto Doctor de Filosofía, o puede que tan solo se limite a los márgenes, el doble espaciado y la fuente Times New Roman que en este documento imperan. Igualmente, yo seguiría indagando sobre la posibilidad de que haya algo de Verdad en estos folios.

R, definitivamente, seguiré pasando miedo, angustia y alivio, cada vez que me enfrente a hojas en blanco y consiga abarcar algo apenas de lo inabarcable de Todo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Chesterton, G. K., *El Hombre Eterno*, Londres, Ed. Cristiandad, 1925.